

Jardines del Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (II)

El Patio de los Evangelistas. El Bosquecillo y la Huerta

Por CONSUELO M. CORRECHER



Patio de los Evangelistas, por Brambilla. Año 1832. Plantación floral entre los lazos de boj, siguiendo la tradición jardinera de Felipe II (Colección de las Vistas del Real Sitio de San Lorenzo).

PATIO DE LOS EVANGELISTAS

Un patio es un jardín cerrado. España supo recoger el legado grecorromano, la intimidad árabe, la tradición claustral, transmutándolos en sus patios, los más admirables del mundo, que extendió por gran parte del orbe. El patio griego, el peristilo romano, y el riadh islámico, en suma el *hortus conclusus*, con una predominancia u otra, componen los patios hispánicos. En ellos, cuatro paramentos verticales limitan un espacio abierto al infinito, por donde irrumpen los elementos de la naturaleza, arriba el firmamento, nubes, estrellas, luces y vientos completan los cuatro elementos primordiales, tierra, agua, aire y fuego. Suelen ser sus

laterales no cerrados por entero, sino calados por arquerías o columnatas que resultan invadidas por la luz o por las sombras. Los claustros, elementos internos, simbolizan el alma separada de lo carnal que sólo busca identificarse con Dios, elevándose en lo contemplativo hacia el cielo. La iglesia y los claustros menores del Monasterio fueron bendecidos por el Obispo de Cuenca, confesor del Rey, como tales lugares sagrados para en ellos enterrar a los frailes, como lo fueron Villacastín y Sigüenza. Para aquella ceremonia de la bendición se adornaron, con sencillez y gracia, de hiedra, flores y arbustos olorosos.

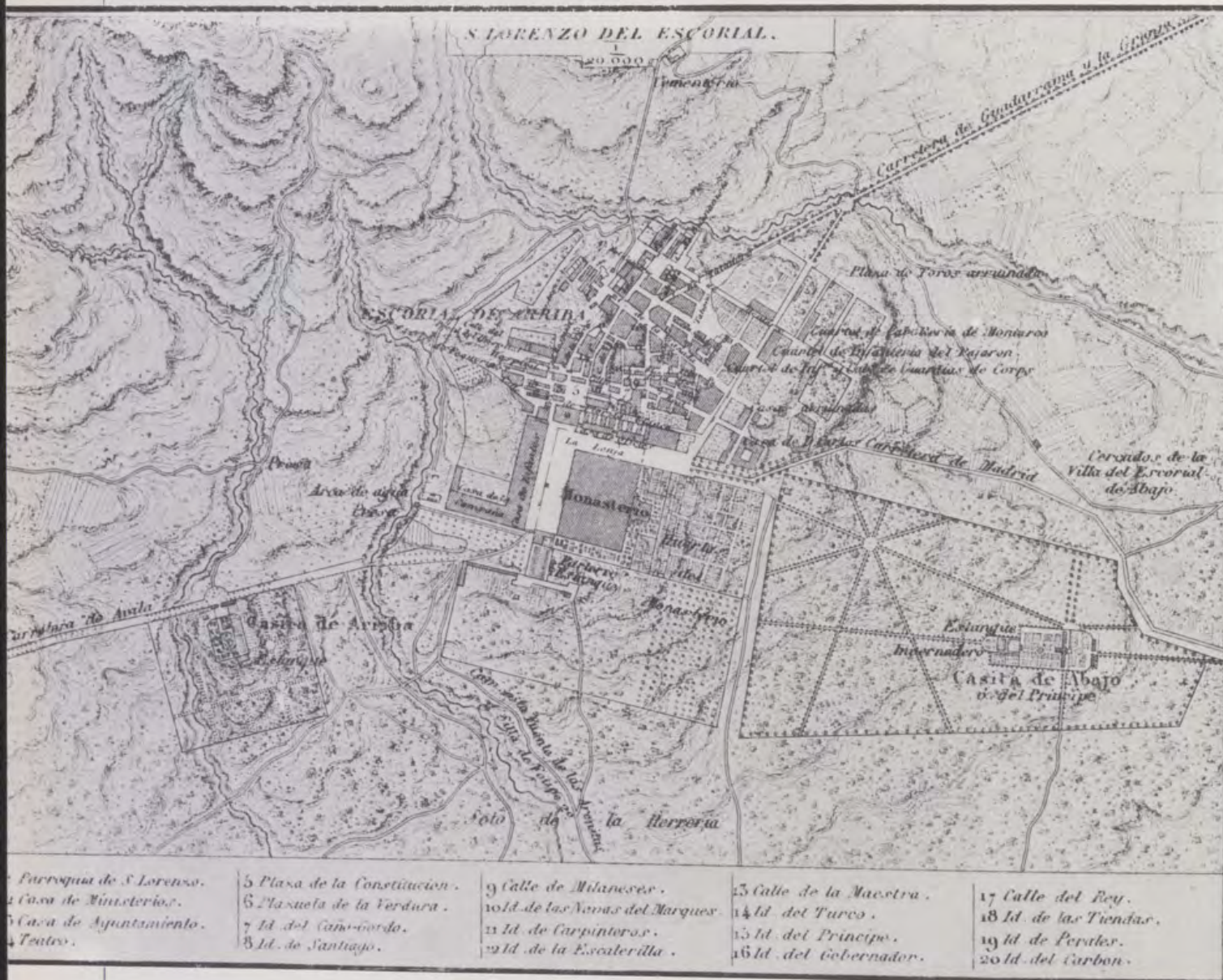
Siguiendo la tradición, se situó el patio principal al sur de la iglesia, siendo

más ornamentado este espacio que parte alguna externa del Monasterio, intentando conjugar la herencia espiritual de la Edad Media con el realismo del Renacimiento, logrando que, con su riqueza de contenido, fuese también esencialmente homogénea su imagen. Felipe II, Rey jardinero, realizó para solaz de la clausura un arquetipo de patio renacentista, donde se distribuyeron lo material y lo inmaterial en proporciones numéricas de manera lógica y armónica.

Es el Patio de los Evangelistas la afortunada reunión de dos artistas, Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, aquél tracista de su ámbito. Las arquerías, dórica la baja y jónica la alta, con 44 pilastras muy gruesas y

San Lorenzo del Escorial, Año 1853.

Desarrollo de las huertas alrededor del Monasterio,
carreteras de acceso, límites de los jardines de las Casitas de Arriba y de Abajo,
y el Soto de la Herrería.



cuadradas en su cara interna, y hacia el jardín con una media columna ática saliendo de cada pilar, dispuestos alrededor de un cuadro de 166 pies por banda, límites del bello jardín renacentista. Allí Juan Bautista de Toledo desarrolla la repetición de las mismas formas, la simétrica correspondencia de los lados y los dos ejes que dan la traza de los paseos en el espacio central. Dos caminos que, partiendo de huecos opuestos, se cruzan marcando un centro. Cuatro anditos que se reúnen en un núcleo, «mundus» de la composición.

En 1592 recorrió las obras el Rey, de jornada por entonces en El Escorial, y ya muy enfermo de gota, visitando entre otras partes, el patio muy avan-

zado, a punto de concluirse el jardín en medio del claustro principal, llamado después de los Evangelistas, cuyas estatuas se asentaron en 1593. Bajo las disposiciones de proyecto y dirección de Juan de Herrera, amante de las relaciones matemáticas entre los elementos, se realizó el templete con la ordenación circundante, y así ha llegado casi intacto hasta nuestros días, atravesando el tiempo sin apenas sufrirlo, lo que en los jardines puede ser un imposible, reto tentado por los renacentistas con la arquitecturación máxima a que los condicionaban intentando vencer lo mutable en permanente. En 1594 se entraba al hermoso jardín por cuatro puertas de hierro balaustradas,

doradas y estañadas de la misma altura que el antepecho que corre entre pilastra y pilastra. Los dos ejes perpendiculares conformaban lo que se ha dado en llamar un jardín de crucero, diseño que podemos remontar a los persas sasánidas, adoptado por los árabes que lo transmiten a todo el mundo islámico de Este a Oeste, que en el Medioevo dará la solución a tantos claustros conventuales, y fórmula magistral igualmente empleada en el Renacimiento. El punto céntrico significaba para los persas una elevación física y espiritual de donde partían simbólicamente cuatro ríos, Eufrates, Tigris, Gihon y Fison, orientados a los cuatro puntos cardinales. La intersección de las dos



1.

1. El Patio de los Evangelistas, en el centro del claustro principal del Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial, por la parte norte. Grabado de Tomás López Enguidanos.

2. Calle del Jardín de altos setos de boj y bolas en los ángulos, por la que se accede al templete de Juan de Herrera (Patio de los Evangelistas).

3. Vista de los cuadros de plantación y el templete desde la Galería alta. Los estanques conforman un «Parterre de agua» al estilo renacentista (Patio de los Evangelistas).



2. 3.



rectas —ríos o caminos— forma una cruz, alegoría de la unión de Dios con el hombre, y desde ese centro gira toda la composición.

Estos cuatro brazos conforman a su vez cuatro áreas, representación de los cuatro elementos primordiales, que pueden seguir subdividiéndose en cadena. Nos dice Juan Alonso de Almela que, en 1594, el Patio de los Evangelistas presentaba 16 ericas cuadradas «de muchas y variadas hierbas olorosas y de flores muy vistosas», aunque corrige este número añadiendo, «los cuatro cuadros de en medio son cuatro recibidores del agua de cuatro fuentes maravillosas que dan en ellas». Las 16 eras a pesar de restarles 4 de los estan-

ques nos darán 12 eras de plantación, por lo que se sigue repitiendo el cabalístico cuatro o el resultado de cuatro-doblar este número. Es clara la alusión a los doce apóstoles representados en las 12 eras de plantación, y de éstos, cuatro escogidos, encargados de verter en las almas el inagotable mensaje divino. Fue San Agustín quien comparó los cuatro Evangelistas a los ríos del Edén, fuentes de vida eterna. Estos cuatro estanques, superpuestos al trazado de raíz persa, van a dar una figura jardinística infrecuente, de manera especial en España, constituyendo un parterre de agua, forma italo-renacentista, cuando se asumió la cultura clásica para revivirla, y que

en este patio se funde con la mística persa.

Vemos aparecer el número cuatro de manera obsesiva con toda la carga simbólica que le han ido añadiendo civilizaciones sucesivas. El plano cuadrado, simbolismo especial del cuatro, con sus cuatro costados designando el sistro de cuatro cuerdas de Mercurio, alusión a las cuatro partes del mundo. Era el cuatro, según Platón, el número de la realización de la idea, por lo que un tetrágono o cuadrilátero es el signo de lo estético y lo riguroso, de lo que está. Jardín perfectamente renacentista al exponer una idea abarcable en su unidad, incita a la interpretación de sus emblemas. La transparencia del signi-

1. *Templete del Patio de los Evangelistas, de Juan de Herrera, con cuatro arcos que concuerdan con el trazado de crucero del jardín. En los ángulos achaflanados se sitúan, en nichos, las figuras de los Evangelistas y las fuentes, de donde surte el agua de los estanques.*
2. *Escultura de San Mateo, acompañado del ángel que le simboliza.*
3. *El Evangelista San Marcos, con el león.*
4. *Figura de San Lucas, con el Evangelio en las manos, y el buey.*
5. *Estanque grande de la huerta, con escalinata para embarcar, y el gran muro de contención que conforma el jardín Pensil, llamado de los Frailes, y la Galería de los Convalecientes.*



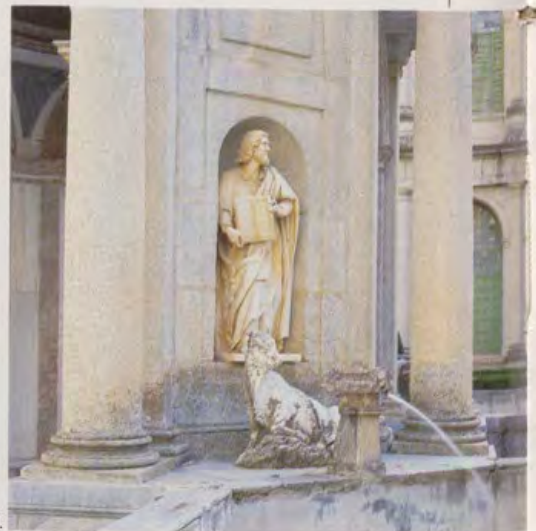
1.



2.



3.



4.

ficado propuesto cuadruplica los temas arcaicos que fascinan. El cuatro se repite sin cesar esperando por su insistencia ser exponente de connotaciones lejanas, de un casi inagotable manantial de orígenes. Las 44 pilastras, repetición gráfica del 4, nos dan diez veces cuatro por cada lado, más cuatro de las esquinas, cuatro puertas, cuatro caminos, cuatro cuadrados de plantación, 16 ericas (cuatro por cuatro o la suma de cuatro cuatros), cuatro estanques, cuatro caños, cuatro Evangelistas. Las calles mayores y menores componen una cuadrícula dentro del cuadrado del patio, que con sus cuatro lados iguales es una representación del motivo «cuádruple».

símbolo del completamiento, de totalidad. Voluntariedad de lo definido, de orden, de estatismo, de intemporalidad, logrando por medio de un arte firme, lúcido, experimentado y antirromántico, la coherencia local de la composición.

Se representa el cosmos por el número cuatro que alude a las estaciones del año, las cuatro edades de la vida, las etapas del origen de la Humanidad, las funciones de la consciencia: percibir, intuir, sentir, pensar. Cuatro eran los hijos de Horus, y cuatro los de Japet: Atlas, Menoetis, Prometeo y Epymeteo. Brahma tiene cuatro rostros y entre los persas existían cuatro Kumares, ángeles relacionados con las estrellas reales Aldebarán, Antares, Regulus y For-

malhaut, dispuestos en los signos del zodiaco, Tauro, Leo, Escorpio y Acuario. Las fases de la operación alquímica en un orden cuaternario van de lo inferior a lo superior: negro, blanco, rojo, oro.

En arquitectura el cuadrado ha sido utilizado en la planificación de ciudades y edificios. Roma, paradigma de lo renacentista, fue denominada Urbs quadrata, y Jerusalén, modelo del cristianismo, tenía planta cuadrangular. A pesar del arte renacentista que había vuelto a la Naturaleza, a su conocimiento y a la ordenación cosmológica por el hombre, toda esta plasmación simbólica del Patio de los Evangelistas, jardín recóndito, va a ser un lugar sa-



5.

grado vinculado con el más allá. Este claustro destinado a la clausura es la representación de la iglesia militante y de la iglesia triunfante, que decía Santo Tomás. Desde las cuatro arquerías parece ascender hasta la cruz central, que es la cúspide, una concentración piramidal de oraciones. Para el hombre de creencias religiosas que es el Rey, no cabe en este núcleo jardinístico, el claustro principal del Monasterio, ningún huésped superior a la palabra de Dios. Recurre al símbolo cuando quiere dejar patente lo que sólo se adivina o se siente, y Felipe II siente la Fe. El Renacimiento, aunque no fue incrédulo, tiene con él un sentido más religioso, un renacimiento místico y anti-

reformista. Por ello sobre el cuadrado de las ciudades sagradas y el básico diseño persa del esquema en cruz, superpone la claridad renacentista en el símbolo reflectante y sonoro del parterre de agua, con un punto focal donde se define la fe del Rey, un círculo mágico como un mandala, de donde surge el templete de Herrera, alegoría de la Iglesia, representación de la autoridad soberana pontificia, coronada por la cruz donde Cristo fue crucificado en el árbol de la ciencia.

Herrera dispuso el templete en forma octogonal, labrado en piedra berroqueña, con el interior en jaspe leonado de Espejo y serpentina verde de Granada. Presentan los ochavos ma-

yores cuatro puertas por donde cruzan las calles del jardín. Viene sostenido por columnas dóricas, con arquitrabe, friso y cornisa, sobre la que vuela una balaustrada, y se asienta una cúpula de media naranja con linterna sobrepuesta. Herrera añadió al patio una balaustrada idéntica a la del templete, ambas puntuadas de esferas graníticas, imágenes de la perfección, símbolos de totalidad, del «rotundus» alquímico, equivalencia de lo infinito. En los libros de Serlio, encontramos eran ya ornato de los jardines en Italia. En los ochavos menores, en cuatro nichos están las figuras de bulto de los Evangelistas, de 2 metros de altura, en mármol blanco de Génova, obra de Juan Bau-

El Estanque de la Huerta en 1926.
Vista tomada desde el Jardín de los Frailes,
donde se observa el paseo circundante del estanque,
el muro de contención, la balaustrada y la escalera imperial
que lo comunica con la huerta («Jardines de España», G. Gromort).



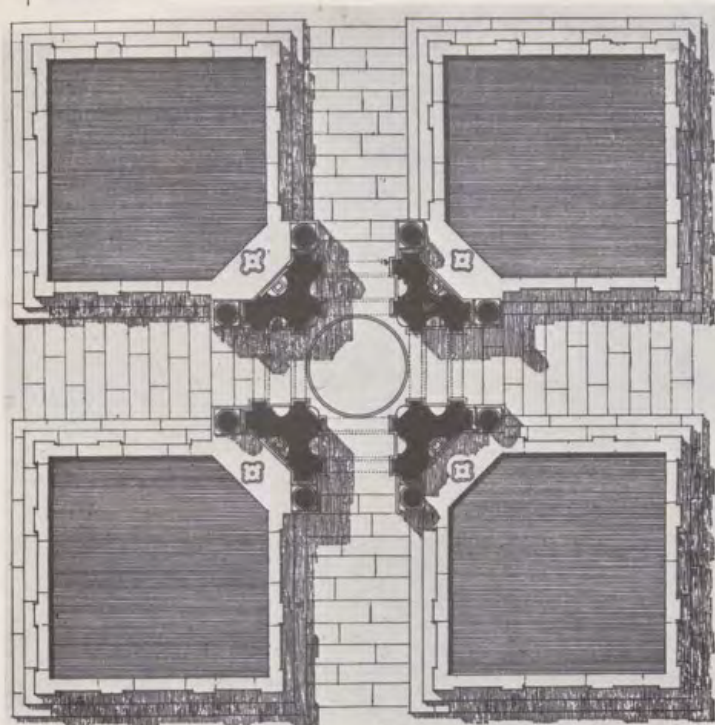
tista Monegro, teniendo a sus respectivos pies los animales que los caracterizan.

Es el tetramorfos cristiano una alegoría que alude al capítulo I de Ezequiel describiendo la visión que se repite en el capítulo IV del Apocalipsis «y en el centro de ese fuego vi a cuatro seres vivos cada uno tenía cuatro caras y cada uno cuatro alas. Una cara de hombre delante, una de león a la derecha de las cuatro, una de toro a la izquierda de las cuatro y una de águila detrás». Se corresponden, a la derecha, el hombre (alado) y el león, que representan lo consciente; y, a la izquierda, el águila con el buey simbolizando lo inconsciente. Los terminales de la cruz

que designan los puntos cardinales estaban simbólicamente resguardados por cuatro arqueros que impedían se trastornara el orden cósmico. Continuadores de aquella defensa, salvaguardan los Evangelistas, la verdad y el orden de Cristo —centro de la Iglesia—. Son: Mateo, el hombre alado; Marcos, el león; Lucas, el buey, y Juan, el águila. Cada animal tiene un peso alegórico, y son símbolos religiosos universales como los grupos de cuatro. El Este es primavera, fuente luminosa, aire, infancia, amanecer, luna creciente. Y tiene analogía con el león, que es fuego, fuerza y movimiento. El Sur es verano, juventud, mediodía, fuego, luna llena, y se identifica con el Águila, aire, inte-

ligencia, acción. El Oeste es otoño, agua, madurez, atardecer, luna menguante, es el Pavo Real, para el cristianismo el Hombre Alado o la intuición de la verdad. El Norte es invierno, tierra, vejez, noche, luna nueva o el Buey, que es trabajo, resistencia y sacrificio. Las referencias bíblicas los nombran así: G. XLX, 9 «Judá es como un león joven». El toro está designado como animal del holocausto en el Levit. XVII, 11, y el Deut. XXXII, 11, dice, «parecido al águila Jaweh ha desplegado sus alas».

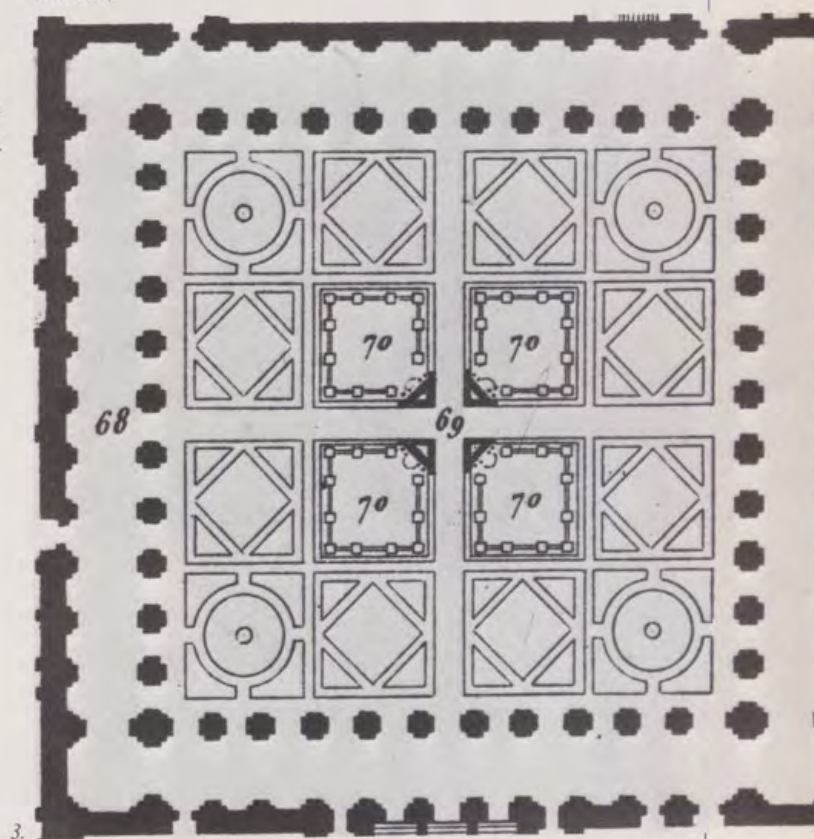
En el siglo II un naturalista anónimo escribía en el *Physiologicus Latinus* citas bíblicas y descripciones animalísticas fundando una tipología cristiana



1. Sección del templete de los Evangelistas, y planta del parterre de agua formado por los estanques que corresponden a los cuatro Evangelistas («Jardines de España», G. Gromort. París, 1926).

2. Diseño de la plantación de los cuadros del Patio de los Evangelistas, formado por setos de boj («Jardines de España», Georges Gromort. París, 1926).

3. Planta General del Patio de los Evangelistas. Se trata de un jardín de crucero con templete central y 16 cuadros, 12 de plantación y 4 de agua, formando parterres de boj y parterre de agua, fórmulas renacentistas del jardín («Histoire du Monastère Royal de St. Laurent», Antonio Rotondo).



por el principio de yuxtaponer una imagen zoológica y una idea cristológica. Más adelante, Isidoro de Sevilla ofrece un bestiario de gran riqueza en *Etymologiarum sive origium*. San Jerónimo, fundador de la orden encargada del Monasterio, cristalizó la fórmula dándole equivalencias significativas: hombre, Encarnación; buey, Pasión; león, Resurrección; águila, Ascensión. Lo que Felipe II atendería, logrando la transmutación del jardín renacentista mitológico pagano en uno renacentista religioso cristiano, sustituyendo los dioses idolátricos, que suelen poblar las fuentes y morar en los templete, por los Evangelistas que revelan la palabra de Dios. El *hortus conclusus* del Cantar

de los Cantares del Rey Salomón, donde sólo podía habitar el espíritu de Dios, es analógicamente similar al Patio de los Evangelistas, donde Felipe II, por medio de la concentración expresada por una forma geométrica cerrada, certifica el equilibrio y la seguridad, y exterioriza el sentimiento religioso, fiel a las consignas del Concilio de Trento, buscando un nuevo universo espiritual.

Se situó el templete en el punto culminante, la intersección de los caminos, remota representación de los ríos mesopotámicos sacralizados, de donde hizo Herrera surtir el agua de cuatro caños sin fin, para figurar el Nuevo Testamento, la Nueva Alianza, el pac-

to de Dios con los hombres. Estas linfas se recogen en el parterre de agua, en sus cuatro estanques de mármol pardo con dos gradas a los costados, que están solados interiormente del mismo mármol y de otro blanco, tienen 24 pies de lado, y desde estos recibidores se riegan los jardines, yendo las aguas sobrantes por acueductos a la huerta. Estas aguas cristianas compendian al Jordán, exaltando todo el patio el Bautismo, sacramento de iniciación a la Iglesia que confiere al alma una vida nueva que encontrará su plenitud en el cielo. La virtud sobrenatural que concede el agua renovadora viene compulsada por los escritos de los Evangelistas, en sus libros de

1. Motivos florales, que continúan la pasión del Rey antófilo, de la puerta de marquetería del Salón de Embajadores del Monasterio del Escorial.

2. Frutas sobre la mesa, productos de la huerta. Detalle del cuadro «La última cena», de Tiziano (Salón del Trono del Palacio de Felipe II, en El Escorial).

3. El fruto y las hojas de la encina (Quercus ilex), especie típicamente hispánica, en las colgaduras de la cama de Felipe II.



pedra, que en cuatro diferentes lenguas dicen, Mateo en hebreo: «id y enseñad a todas las gentes bautizándolas...», Marcos en latín: «el que creyera y fuere bautizado...», Lucas en griego: «yo os bautizo con agua...», Juan en siríaco: «el que no naciera por el agua y el Espíritu Santo...», lo que nos vuelve al esotérico cuatro, que es tres y uno. Dios Trino y Uno. A las virtudes cardinales, Justicia, Temperanza, Fortaleza y Prudencia, y a los votos de religión, ayuno, obediencia, castidad y pobreza.

Escribe Almela en 1592, que entre las hierbas había flores, y Francisco de los Santos en 1681 se refiere al «delicioso jardín de flores y verduras de

diversos lazos, labores y laberintos en quien parece se perdió la primavera, pues no acertó a salir de ellos en todo el año, más no debe ser de pérdida sino de bien hallada que es harto en esta tierra, pues en la mayor fiereza del invierno da ocasión para hacer mil ramilletes que sirvan los altares. Mucho hace servir a buenos para durar en el lucimiento».

En los gastos del inventario de Gregorio de Andrés se encuentran datos que atestiguan el origen de los sin par parterres de boj de este patio «Miguel García, jardinero, por 984 tiestos de barro que compró en Talavera para poner pies de murtas, arrayanes en la dicha villa y por la costa que hizo en

llevar los dichos tiestos a ella que son para el claustro principal del Monasterio». En 1671 un incendio, que casi arrasa la fábrica, destruye los jardines, y ésta es la fecha que señala la reconstrucción, ya con un estilo diferente, particularmente sin flores, perdida su influencia árabe e introduciéndose el boj masivamente. Se mantuvo la ausencia de árboles para no interponer elementos verticales que interrumpiesen las perspectivas ni el desarrollo rítmico de las arquerías. Hay constancia de las fechas de esquiladas en los setos, siendo la más antigua de que hay noticia 1717, bajo el reinado de Felipe V, de donde proviene el estilo de plantación que ostenta hoy el Patio de los Evan-

*Avenida de los olivos de la huerta del Monasterio.
Algunos ejemplares centenarios provienen del olivar de los jerónimos.*



gelistas, formando figuras clasicistas, de penetrante aroma característico del boj, rodeadas del claustro, donde la quietud, el recogimiento, facilitan la meditación sobre lo representado en este jardín prodigioso, para los que saben ver que lejos de toda monotonía inexpressiva, lo que a veces se achaca a estos perfiles, sobre el cuadrilátero terrenal, hay fijado otro plano superior vinculado por su centro con un mundo sobrenatural.

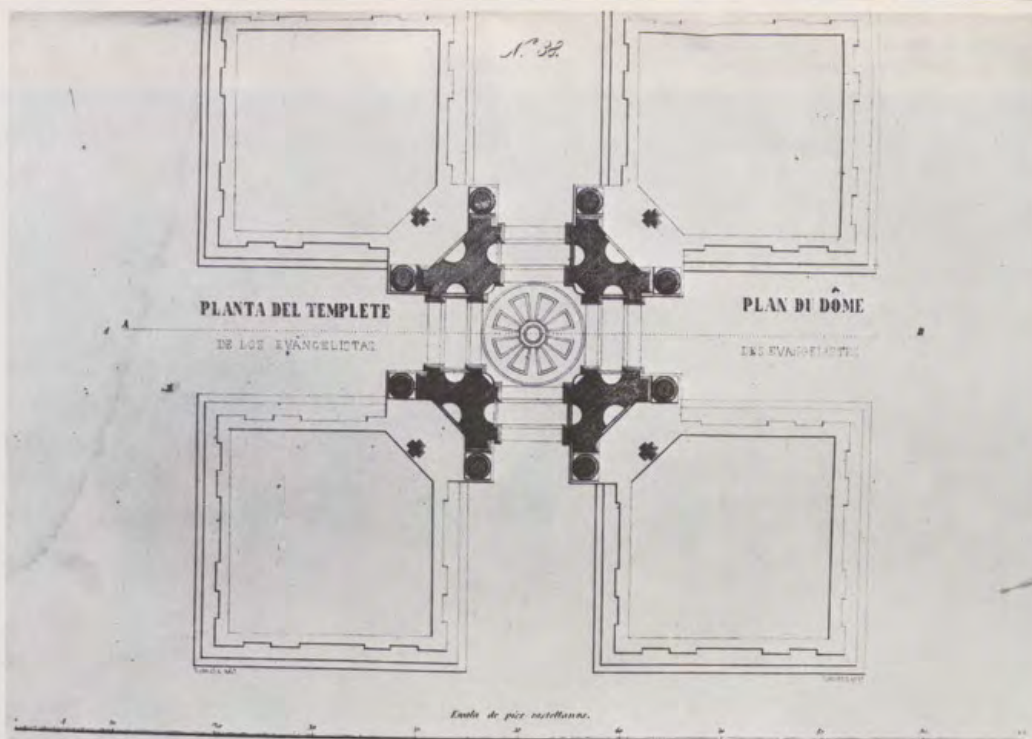
AGUA, RIEGO, FUENTES Y ESTANQUE

La rara calidad de las aguas que vertían de la Sierra hasta la Herrería de

Fuente-Lámparas fue uno de los factores determinantes en la elección del sitio del Monasterio. De aguas inagotables eran las fuentes de Blasco Sancho o del Estribo, la de Matalasfuentes, posteriormente de la Reina, y la del Castañar, bondadosa para los enfermos. Los manantiales de escorrentía y las capas freáticas proporcionaban algún exceso de humedad en el terreno, que hubo de ser saneado formando dos grandes bóvedas que recogiesen todo el sobrante, y que cruzaron el edificio de E. a O. terminando en un sumidero bajo en el altar mayor, y en el llamado Bosquecillo. Los manantiales de los cerros, usados para el interior del Monasterio, nacen a cinco leguas a Po-

niente, y se purificaban por medio de arquetas colocadas de 100 en 100 pies de distancia por la ladera, hasta llegar a una arqueta grande en medio de la bajada, y luego en otra ya al pie del Monasterio, en el lado Norte, desde donde entra por conductos de metal, controlándose sus pasos por grifones y tornillos de bronce. En los presupuestos para gastos del año 1571, aparecen los conductos de las fuentes de caños de barro colorado cocido, de una pulgada de barro, vidriado de amarillo y con enchufes, que se traen de Perales de Millo y de Illescas, con un coste de a real la vara. Se conoce el nombre de un fontanero del Monasterio, llamado Luis Fox que

Sección del templete de los Evangelistas, y estanques.
Planta octagonal del templete de Juan de Herrera, diseño del suelo en mármoles de Espeja y Granada.
Intersección de las calles del jardín, delimitando los estanques («Histoire du Monastère Royal de St. Laurent», Antonio Rotondo).



Calles del templete de los Evangelistas.

Nº 115.

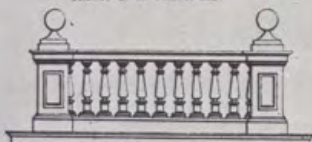
Piezas detachées du dome des Evangelistes.

Alzado de la Cruz del remate.

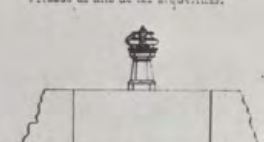


Escala de pies castellanos y los alzados.

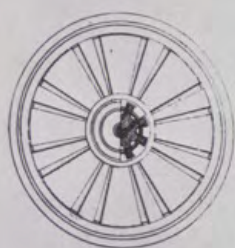
Alzado de la balaustrada.



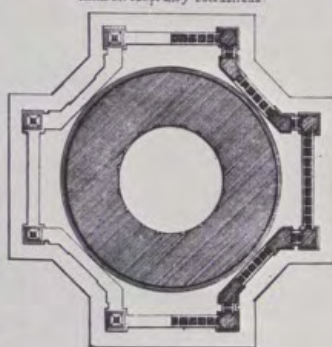
Alzado de una de las arquettas.



Planta del capujín.



Planta del cuerpo alto y balaustrada.



Planta de una de las arquettas.



Carlos Bosch y Romaña del.

Detalles del templete de los Evangelistas.
Carlos Bosch y Romaña.
Destacan el alzado de las fuentes y los estanques («Histoire du Monastère Royal de St. Laurent», Rotondo).

había trabajado en Toledo con Juanelo Turriano.

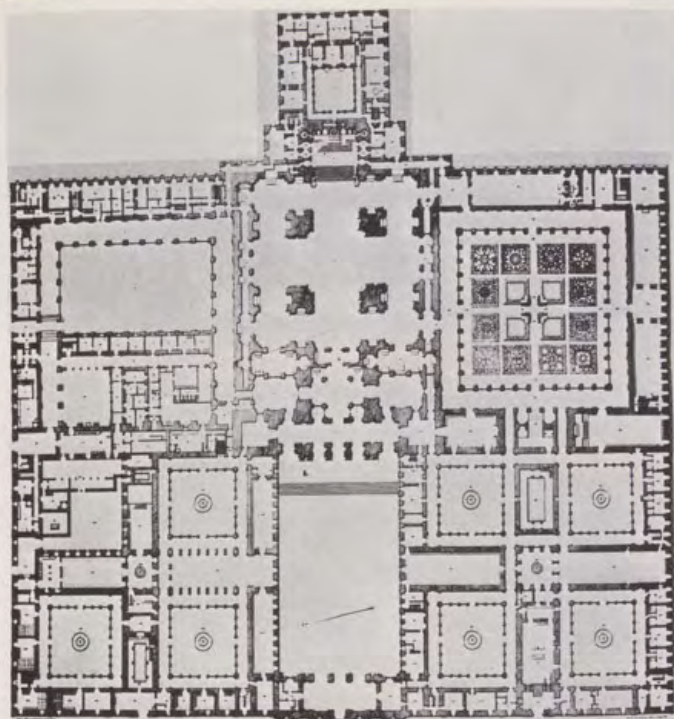
De este agua se disponía para los servicios de cocinas, para las fuentes de adorno, el riego de los jardines y de las huertas, con la excepción de la Botica, tahona y el estanque de la huerta. Según el manual de mantenimiento escrito en 1645 y recogido por G. de Andrés en *Relaciones*, Kubler estableció un esquema de los conductos del agua en el Monasterio que pueden complementarse con algunos detalles igualmente recogidos por De Andrés a partir del doctor Almela en *Descripción de la Octava Maravilla del Mundo*, vemos, en los esquemas, la racional disposición de los conductos para el

aseo, limpieza y ornato de toda esta máquina llevando el agua a cada claustro y hasta cada fuente de los jardines. Dótase a los patios menores de fuente central con pila en alto, dice Iñiguez «las de vaso sobre balaustre de los claustillos, como las de Aranjuez» sobre los que se levantaba una bola, y sobre ésta cuatro serafines de donde salían cuatro caños de agua a la pila alta, que luego vertía al recibidor bajo, más grande y hondo, todo en mármol pardo. El Rey, a veces descontento, mandaba deshacer lo que encontraba pobre o poco elegante de estas fuentes de los patios menores, que antes fueron de granito. De todas estas fuentes, la más importante que queda por nom-

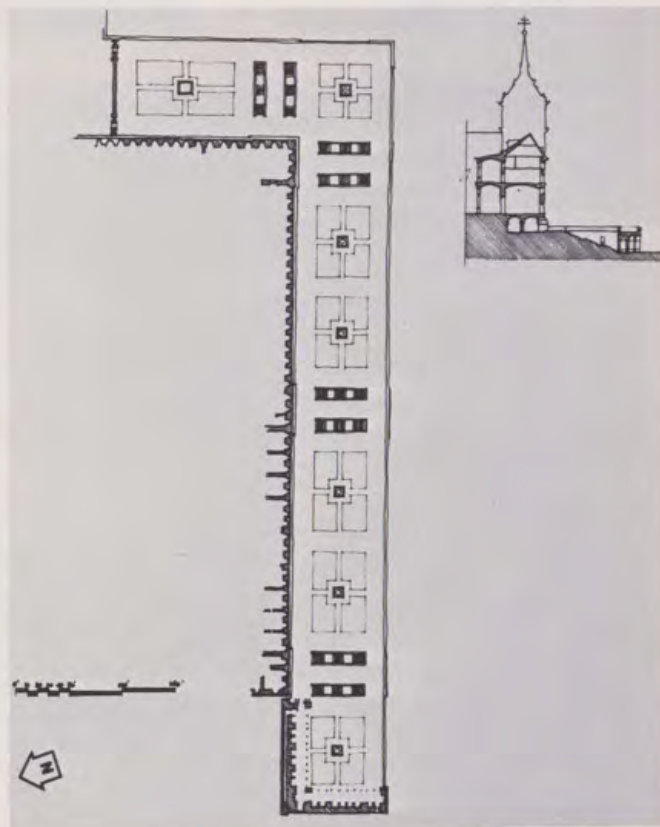
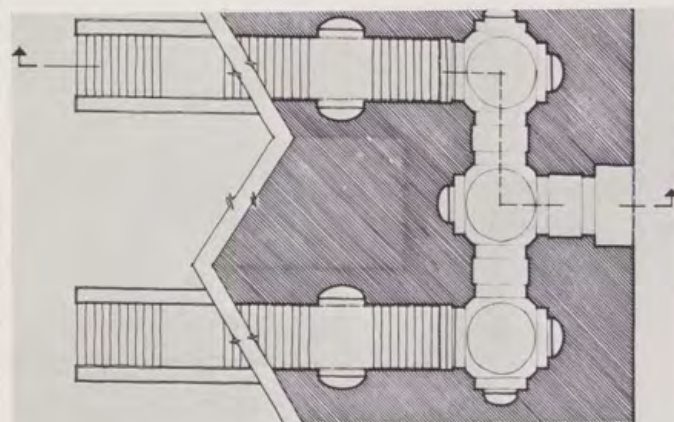
brar pertenece al patio de los Mascarones, patio privado del Palacio y el más antiguo del edificio, según Matilde López Serrano, es cuadrado de 12 columnas y tiene dos fuentes adosadas a un lateral con mascarones, de donde cae el agua en cascada a pilas superpuestas.

Para beber disponía el Monasterio de cisternas de agua pluvial donde quedaba reposada. Nos cuenta Bermejo que son once algibes con los que cuenta la casa, «el menor puede contener 10.000 cántaros de agua», y de las fuentes, 30 corrientes dentro del cuadro, y fuera 24.

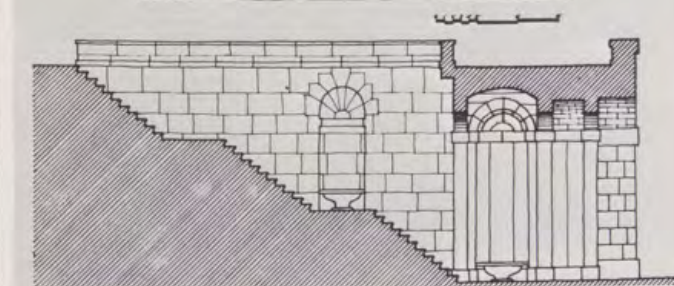
Toda esta concienzuda disposición tenía como final el riego de las huertas



Planta general del Monasterio.
Litografía de F. Salcedo. 1876.
Diseño de los cuadros de plantación
del Patio de los Evangelistas,
situado al sur de la iglesia.



Jardín de los Frailes,
cuadros de plantación
y escaleras a la huerta
(«Building the Escorial», Georges Kubler).



Desarrollo de las escaleras que bajan del Jardín
de los Frailes a la huerta.
Doble arranque superior, tres tramos de once escalones,
capilletas y salida central inferior
(«Building the Escorial», Georges Kubler).

donde caía el sobrante. Se recogían las aguas de las Lonjas o plazas del Norte y del Poniente, que, rodeadas de un pretil con ventanillos bajos, facilitaba por ellos el paso del agua a un conducto de seis pies por tres, que la guiada hasta el estanque de la huerta. Las Lonjas, enlosadas con piedras formando cruces, dejaban campos vacíos empedrados con piedra de codón para sembrar, en 1594, entre ellos «una hierba muy vistosa, como prado, haciendo labor en el enlosado».

Terminaba así el agua su aprovechado recorrido en el estanque o gran alberca, trazada por Francisco de Mora, completando la parte más riente del Monasterio. Se criaban en este estan-

que hermosos peces para recreo de los Reyes que allí pescaban carpas, tencas y «brujetas», recuerdo de la diversión de Carlos V en Yuste. Para cuidar los estanques tenía Felipe II varios especialistas, los maestros Pedro Juan, Pedro Janson y los Holveque, padre e hijo, que vinieron de Aranjuez, los cuatro holandeses. Quedan pagos a sus nombres en los gastos de los estanques. Fue, el gran estanque, adosado a la pared de la botica en la parte meridional, de forma rectangular con paseadero y nichos adosados en muros en dos de sus lados, los otros dos rodeados de antepecho y barandilla de balaustres rematados de bolas cada 12 pies, este lado abierto a la huerta que

iba cayendo en talud. El paseo con sus nichos y asientos debió ser, en tiempos, un hermoso recorrido que podemos suponer estaría adornado de plantas en los huecos recogidos, desde donde admirar la soleada fachada de los jardines y la huerta, a la que se bajaba por una escalera grande y hermosa de obra toscana, dividida en dos, con tramos de 10 escalones. Bajo el primer descansillo, hay una estancia de bóveda con un gran caño en medio por donde sale un chorro de agua como un brazo, y se recoge en un pilón para pasar a la huerta y a otras cuatro pilas laterales, todos con sus grifones para regar. Dispuesta el agua en lo alto, recogida en una alberca para caer por la fuerza de

*Presencia floral
en el entorno de la vida del Rey.
Frutero con rosas
y jarra con árboles
(Nuevos Museos
del Monasterio del Escorial).*



gravedad, es este estanque una constante del riego hispano que heredamos de los árabes.

EL BOSQUECILLO Y LA HUERTA DEL MONASTERIO

Fueron las huertas de vital importancia para el Monasterio rodeando sus costados Este y Sur. Del interés en hacerlas accesibles para los frailes nos lo confirman las escaleras de los jardines, tan numerosas y con ese único fin. Desde los vergeles artificiosos del terraplén, levantados sobre bóvedas, se instalaron doce escaleras para llegar

hasta lo natural, bajando agrupadas de dos en dos con tramos de once escalones, por lo que resultan treinta y tres —número significativo—, separados por dos descansillos con nichos laterales y asientos, terminando en tres capilletas abovedadas con puerta de salida en el muro, también allí con nichos y asientos. Estas monumentales escaleras subterráneas de obra toscana en sillería de granito son inapreciables en la superficie, pasando desapercibidas a pesar de su número, y no se imponen a los jardines gracias a su rítmica alternancia.

Conducen por el lado de Levante a la huerta de la Casa Real, luego conocida como el Bosquecillo, que se plantó

en 1594 en forma de huerto de crucero con fuente central, así llamado por la arboleda que tuvo, hoy casi inexistente, aun cuando desde las ventanas de Palacio fue vista apreciada por Reyes y por Infantes. Pertenece a esta fachada una huerta murada y abancalada con fuentes adosadas al muro de contención y de orden toscano, donde hoy sobreviven algunos frutales, magnolios recientes y árboles del amor, especie ya presente desde Felipe II. La fachada del mediodía tiene asimismo escaleras que atraviesan las terrazas, y llegan a la huerta del convento, cercada de mampostería, de media legua de circuito, y con casa para el hortelano que la cuidaba. Desde la huerta, por un túnel



*Barreño con flores
(Nuevos Museos
del Monasterio del Escorial).*

*Friso de azulejos
en las estancias del Monasterio.
Repetición del motivo floral.*



subterráneo, se llegaba directamente a las cocinas.

Desde el siglo XVI sabemos que había muchas y variadas frutas: albaricoques comunes, alberchigos de Valencia, melocotones, guindas comunes y garrofales, cerezas injertas, comunes y garrofales, membrillos, madroños, nueces y almendros. Ciruelos de Francia, Damascenas de Toledo, endrina, ciruela damera, zaragoci y sanmigueleña. Las guindas garrofales y algunas peras tenían fama de no haberlas mejores en el sabor (continuando así hasta bien entrado el siglo XVIII). Son las más famosas las peras bergamotas y las de Jerusalén, había verdejas, cermeñas olederas y cermeñas comunes, camue-

sas castellanas, de panecillo blancas, peros de barío, de eneldo, peros rayados y de oña.

Algunas de estas variedades, de las que tan ricos han sido los Sitios Reales, han desaparecido, por lo que sería hoy de gran dificultad el encontrarlas. En una reciente visita se han podido ver algunos perales, nogales, manzanos y una hermosa calle plantada de centenarios olivos que aún subsisten y convendría preservar. En 1569, 1570 y otros, se trajeron frutales de Valencia y de Flandes, sin descanso año tras año.

Los grabados del conjunto de la fábrica muestran esta huerta compartimentada en cuarteles cuarteados con

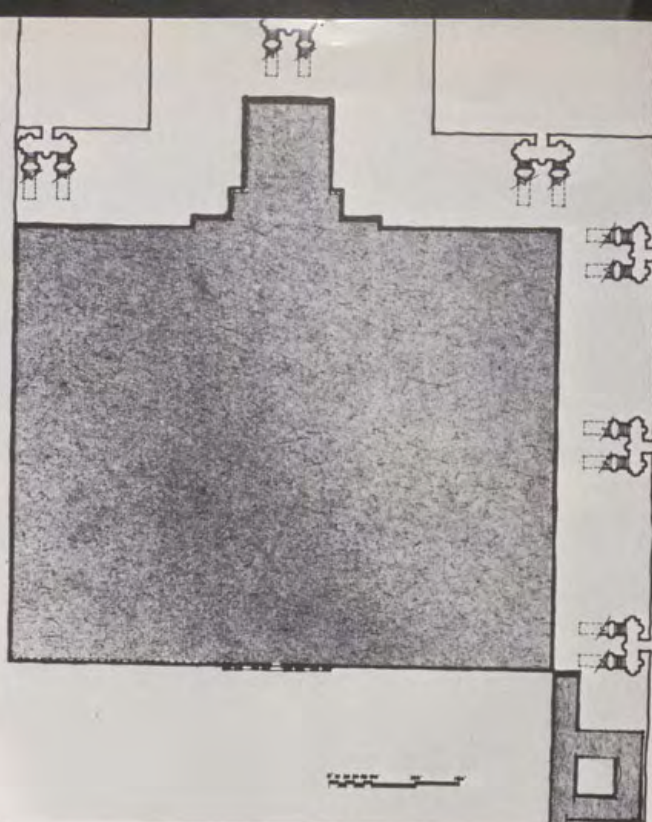
calles de frutales y plantada de verduras, de las que sabemos había, en 1594, ajos, achicorias, acelgas, bananos, berenjenas, berzas, borrajas, culantro, cardos, cebollas, chirivias, espinacas, habas, hierbabuena, lechugas, mastuerzo, puerros, perejil, repollos y zanahorias, y muchas parras. Había, asimismo, hierbas medicinales, saludables y vistosas, tanto en los jardines como en las huertas.

En nómina de pagos, vemos a Jerónimo de Andrés con la obligación de proveer 5.000 árboles frutales de la villa de Arcos, en Burgos. Pedro Castillo, alfarero, por 120 tiestos de barro grandes y por 23 árboles frutales de albrichigos, melocotones y albarico-

1. Desarrollo de escaleras. Dibujo de E. K., según indica Herrero en H. S. L. S. Salcedo. Importancia de la comunicación entre los jardines pen-siles y las huertas.

2. Arcos y bóvedas que soportan al Jardín de los Frailes y salida a la huerta.

3. Conductos de agua. Entrada del agua por la fachada norte. Diversos puntos entre los que destacan las conducciones hasta las fuentes del Patio de los Evangelistas y cada una de las fuentes de los jardines de los Frailes, el Prior y el reservado del Rey («Building the Escorial», G. Kubler).



1.



2.

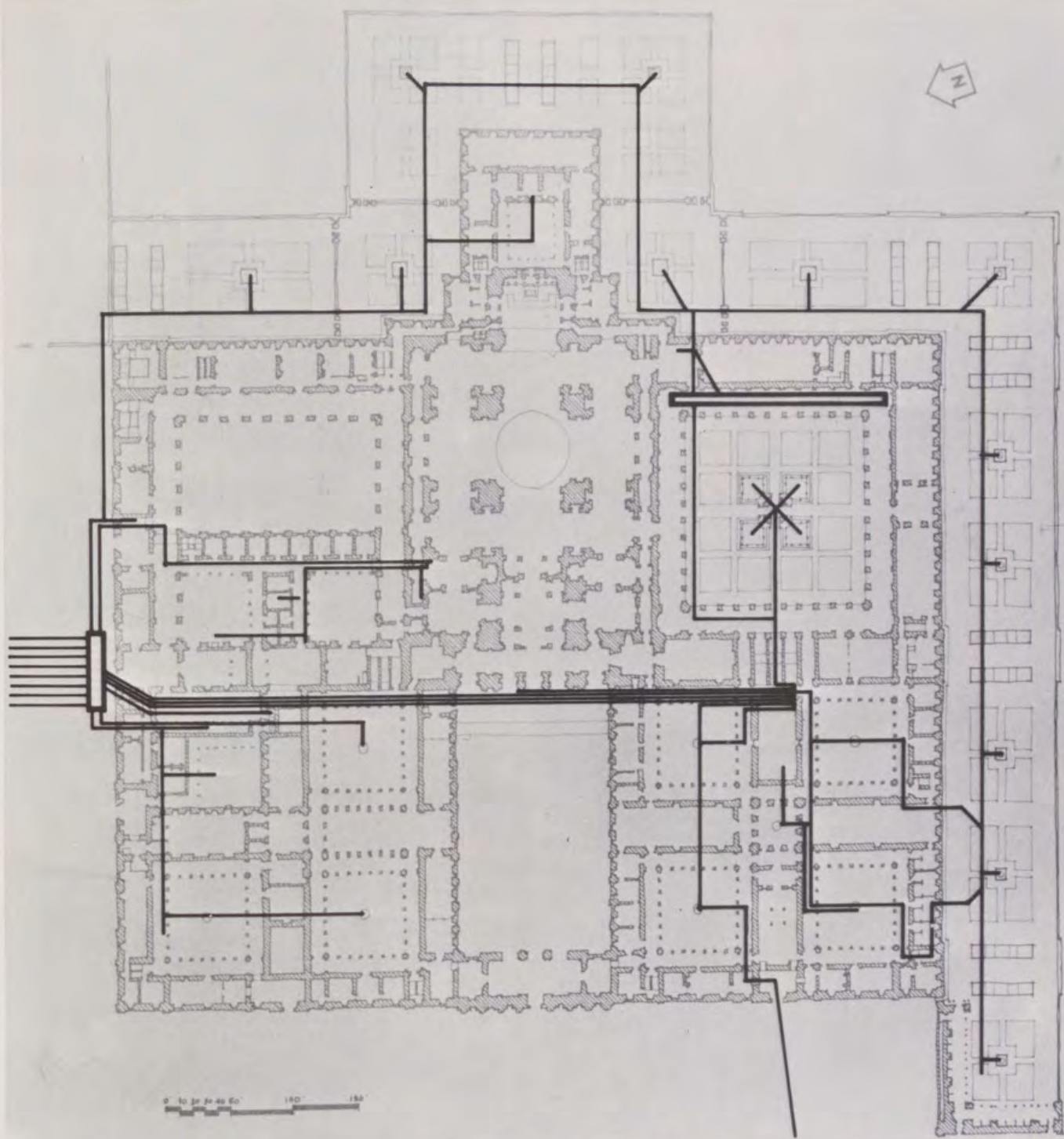
ques, comprados en El Tiemblo para la plantilla de la huerta del Monasterio. Hay una libranza de pago por compra de árboles injertos de camuesos, manzanos, peros, fresnos, hayas, nogales y otros géneros para la huerta de La Fresneda y la de los Planteles. Se traen de Aranjuez nogales, cañas, moreras y murtas para los jardines y huertas en 1557 y en 1570. Se paga a Andrés Martín por 550 árboles de membrillos y perales y por 50 parras. A Bartolomé García por 51 tiestos vidriados, labrados y jaspeados. Se llega a un concierto con Bartolomé de Riaza, maestro de cantería, para cavar, sacar y echar la tierra de los terrenos del bosquecillo y nichos de los jardines desde

el atajo que divide el dicho bosque y la huerta hasta la pared que va por el camino de la calle de los árboles. Se compran álamos negros y rosales y otras posturas. En 1563 y 1564, Juan Cardañas se obliga a traer 300 pinos desde El Tiemblo.

Tenía la huerta agua sobrada con la recogida en el estanque que se distribuía por caceras, tratadas por el ingeniero italiano Francisco Sitori, que nivelaba el trazado de las acequias y canales con un instrumento que disgustaba a Herrera por considerarlo inadecuado.

En las memorias de fray Juan de San Jerónimo, monje de Guisando primero y luego del Escorial, existe un

relato de la primera salida a estas huertas, el 26 de julio de 1575, después de una gran penitencia por la salud del Infante Don Fernando, hijo de Felipe II, se dio permiso a la comunidad para regocijarse. Salieron los treinta frailes por las escaleras del Mediodía cantando allí la antifona «Attollite Portas», bajando luego a la huerta donde entonaron unas villanescas regocijadas pero honestas. Llegándose hasta la herrería de Fuente-lámparas, pasando por barrancos y arroyos, por jaras, fresnos y robles hasta la ermita de Nuestra Señora, donde cantaron la Salve y tomaron un refresco y refrigerio, volviendo al convento. Se derribó esta ermita en 1595, y se trasladó la imagen al caserío.



3.

Hállase más alejada a mediodía la Huerta del Castañar que en 1443 perteneciera al doctor Juan García de S. Román de Porras, y fue comprada por Felipe II en 15.000 ducados. Tenía gran variedad de árboles, predominando los castaños y los tilos que formaban plaza, así como frutales y una ermita con una pintura antigua de San Jerónimo.

Quiso el Rey tener praderas de trébol, como indica la carta escrita por Andrés de Almaguer desde El Escorial el 20 de abril de 1567 (Simancas. Escorial Leg. 5): «El labrador flamenco llegó anoche con la simiente del tréfol». Se siembra donde siempre haya agua con que se pueda regar, aten-

diendo al natural clima de Castilla, por especial indicación del Rey.

DEVENIR HISTORICO

El advenimiento de la dinastía borbónica significó para los jardines del Monasterio transformaciones importantes. Las plantaciones originales se sustituyeron por perfiles de boj, tanto en el patio de los Evangelistas como en los jardines de las fachadas de Levante y Mediodía, manteniendo la disposición de crucero centrada por una fuente. Cuando el 2 de diciembre de 1721 llega el Duque de Saint Simón para pasar tres días en El Escorial, admira ya los jardines en el nuevo estilo.

El llamado Jardín de los Frailes se prolongaba hasta la cara Este con el Jardín del Prior separados ambos entre sí por un muro de granito con puertas, reja, nichos, asientos adosados y bolas coronándolo. Estos muros compartimentan el extenso vergel en recintos aislados más ítimos, donde la plantación se despliega en idéntico diseño, sólo interrumpido por muros similares, que separan los jardines reservados del Rey situados en el saliente de la edificación, sobre la misma terraza que aquí tiene una dimensión transversal superior. Las celosías de madera de las paredes del Monasterio fueron sustituidas en tiempos de Carlos III, por un fuerte enverjado de hierro, donde, si

*Fuentes de los Mascarones,
único patio del Monasterio
con fuentes adosadas.*



*El Monasterio del Escorial.
Angulo de las fachadas Sur-Este,
desde las huertas de los monjes.*



faltan hace tiempo los naranjos y limoneros, siguen floreciendo rosas en los primeros días de primavera. Ya Ponz reseñó en el siglo XVIII este dato. Junto al muro de los jardines reservados, donde hubo y se conserva un frondoso *Laurocerasus*, visitó Wellington la tumba de un general y un capitán de sus ejércitos muertos en El Escorial, signo de los duros avatares del siglo XIX, cuando Fernando VII cedió todos sus derechos sobre los bienes del Monasterio, aunque se reservó el Palacio y los jardines, y los monjes jerónimos perdieron El Escorial tras 279 años de haberles sido encomendado su culto y su cuidado.

Cuando hoy se llega al jardín en-

trando por el patio de la Botica, una oleada de profundo olor anuncia que el sol ha desprendido de los bojés sus penetrantes esencias, esta planta tan rústica, tomada por el hombre de su hábitat natural, la serranía de Cuenca y los Pirineos, tras hacerla recorrer un largo camino la lleva a los jardines haciéndola adoptar las fórmulas más intelectualizadas. Parecen complacer a un elevado número de estudiosos los actuales jardines con sus formas del XVIII que algunos atribuyen a Juan de Villanueva, siendo anteriores a su llegada al Real Sitio. Los austeros perfiles, que tan entonados parecen a muchos con la severidad de la arquitectura escurialense, son indudablemente

una muestra del paso del tiempo, sin embargo se pone fin a este trabajo recordando que fue la intención del Rey Felipe II proporcionar un jardín pleno de religiosidad en lo interno del Monasterio, con el Patio de los Evangelistas prueba de su amor a Dios y otro externo rebosante de aroma y color para a través de los sentidos vivificar los cuerpos y alborozar los espíritus, reflejo de sus humanos miramientos. Este último deseo del fundador ha sido desnaturalizado, desfigurado su afán consolador y energizante, privándole a la par de una faceta personal positiva, enmendando la autenticidad y la plenitud de la obra del último Rey del Orbe.